EN TORNO A UNA VISION DE ESPAÑA DESDE EL EXILIO

POR

A. ALVAREZ DE MIRANDA

ALGÚN día habrá que reconstruir la peripecia del pensamiento y del sentimiento acerca de lo español que, con vario matiz, aunque dentro de un clima espiritual genérico, viene expresando un grupo de intelectuales españoles residentes en las diversas latitudes de América, desde Estados Unidos a Argentina. Sin duda alguna, el caso de su exilio constituye la segunda diáspora intelectual acaecida en la España Moderna: la primera, naturalmente, sería la de los jesuítas expulsados bajo Carlos III. Por muchas diferencias de signo que puedan aducirse respecto al hecho de ambas dispersiones—y habría que añadir las existentes con relación al modo; por ejemplo, la forzosidad de la primera frente a la voluntariedad de la segunda—, siempre permanecerá en pie la sustancial identidad que ostenta en ambos casos el éxodo como fenómeno intelectual y sociológico de España.

Aun sin el menor afán de perseguir un parangón de ambos sucesos—cosa que excedería el leve contenido de esta nota, deliberadamente inexhaustiva y marginal—, salta a la vista que el hecho mismo del exilio, como situación vital concreta, ha influído, ahora como entonces, en la especial visión intelectual de los ausentes de la patria, sentida en la forma peculiar de objeto antaño circundante y actualmente remoto. Existe un *ethos* del hombre desterrado, y viene a ser una determinada disposición de ánimo ante los objetos, los hechos,

los hombres y, por supuesto, las ideas, que hacen referencia al ente nacional, personalmente atañedero.

Es claro que el factor político puede interferir toda su carga pasional en esa disposición de ánimo; de hecho, muchos de esos pensadores que desde América pretenden ocuparse intelectualmente en discurrir acerca de lo español, suelen incidir en valoraciones del pasado o del porvenir hispánico notablemente influenciados por su radical invidencia del presente, interpretado desde posturas casi siempre iracundas. Su personal repudio a un régimen político hace que muchos de ellos incurran en las frecuentes transgresiones de una penosa *metábasis eis allo génos* por la que su actitud pugnaz, transferida a planos muy distintos, parece querer repudiar también toda la sustancia y entidad cultural que inevitablemente existe en un país por debajo, por encima o al flanco de su régimen. El hecho se presta a comentarios de muy diversa índole: queden aquí descartados desde el primer momento los referentes a las posibles, y a veces evidentes, finalidades de signo vulgarmente propagandístico por parte de quienes, desde su arribada al nuevo continente, persisten en una obsesión denigratoria incansable y total. Y una vez soslayada esta cuestión, es preferible tratar de comprender algunos trámites psicológicos que parecen operar sinceramente en la conciencia de algunos de esos intelectuales exilados.

Un observador que se situase en una posición equidistante de nuestra Península y del Nuevo Continente, entre coordenadas espirituales equivalentes a las que geográficamente puede representar el centro del Atlántico, habría de percibir bastante bien algo así como la cuantía y la índole balística de las andanadas que desde aquella orilla suelen dispararse contra ésta. Lo primero que seguramente le llamaría la atención es la evidente desproporción de animosidad profesada por los supuestos contendientes: la cantidad, la intensidad y la frecuencia de los tiros procedentes de la intelectualidad exilada contra la radicada en la metrópoli es infinitamente mayor que su recíproca. La acometividad de uno de los bandos no ha logrado excitar suficientemente la del otro; el hipotético observador apostado en el Atlántico tendría la evidencia de no asistir a un diálogo más o menos bélico, sino a un torpedeamiento estrictamente unilateral. Quien lea, por citar un ejemplo concreto y me parece que bastante expresivo, un pequeño volumen publicado en Méjico con la finalidad escolar de divulgar unos cuantos textos de filósofos presocráticos, y vea cómo el español que lo prologa desperdicia una de las cinco páginas de su prólogo para zaherir la situación actual de España, tomando pie... ¡en un texto de Jenófanes!, habrá de reconocer que ta-

maño florecimiento de la diatriba en ocasiones y temas tan remotos y tan traídos por los cabellos, es síntoma que arguye toda una psicosis peculiar.

Pero la cuestión es rica en derivaciones anecdóticas que también resulta preferible soslayar. Insistiendo, por el contrario, en lo que parece constituir una sincera persuasión en la mente de los más de esos intelectuales, y al margen, por lo tanto, de las ulteriores manipulaciones tendenciosas que su apreciación puede sufrir, hemos de referirnos a matices nada insignificantes, explicativos de la visión que muchos de ellos parecen tener de la España presente como sujeto cultural.

Sin duda alguna, el *ethos* propio del exilio es ya tierra abonada para una tendencia imaginativa que propende a mitificar, en uno u otro sentido, al solar patrio. En el caso presente, el mito que más parece haberse encarnado en las figuraciones de esos escritores es uno que podríamos caracterizar y resumir en esta forma: España, la otra Atlántida irreparablemente sumergida. Para ellos, dijérase que un cataclismo hubiera sumido en oscura noche abisal la vida peninsular. No se trataría simplemente del hecho de que, a partir del fatídico desplome, ocurriese que aquí no había brillado luz de inteligencia, que no habían madurado frutos de sazón culturalmente valiosa: lo sucedido sería cosa harto más grave, a saber, la pérdida de la posibilidad de tales contingencias, la inviabilidad de luces y de frutos bajo el peso de la estéril tiniebla que se tragó un día al país. En tales condiciones, el único vestigio de la patria secuestrada sería la inteligencia trasplantada por ellos al nuevo continente; allí florecerían ya nuestras Atenas; sólo allí existiría, indemne y radiante, el Partenón hispánico, cuyas columnas serían ellos mismos, merecedores, por lo tanto, de una proxenia reverente...

En esta sarta de razonamientos, que casi tan explícitamente como los hemos resumido en pocas líneas pueden verse, si bien mucho más ricamente orquestados, en un sin fin de artículos, ensayos, libros y revistas que desde hace ya cerca de dos lustros se editan en América, lo que más nos llama aquí la atención no es, como quizá pudiera suponerse, la arrogación de esa exclusividad intelectual, aparentemente petulante, que palpita en ese que podríamos llamar «complejo de últimos atenienses». No: evidentemente, la vanidad no opera ahí como célula primaria del mecanismo psicológico; se produce, más bien, como un epifenómeno, y queda reducida a instancia subsiguiente, no exenta de un cierto tono de angustia, que se presenta como una rigurosa consecuencia de aquella visión catastrófica de

España bajo la especie mítica de Atlántida borrada del haz luminoso del mundo.

Este catastrofismo tiene todas las trazas de ser el verdadero protofenómeno de la psicología imperante en el exilio. Aludíamos antes a esa torva invidencia que insiste en desahuciar globalmente, como un cuerpo minado por secreta infección, toda la masa de objetos culturales procedentes de España a partir del lapso histórico que se inició hace ya doce años. Ahora bien; ¿es que se puede impunemente abolir con la mente y el corazón todo un trozo de historia? Un estado presente, sean cuales fueren su signo y su valor, se halla siempre conectado por hilos múltiples y sutiles con un pasado más o menos remoto, pero operante de algún modo en el torso de lo actual. Incluso considerando las cosas a *priori*, ¿no se percibe hasta qué punto ha de resultar utópica una totalitaria voluntad de extirpación aplicada al cuerpo histórico? Aquella disposición blasfematoria que suele movilizar el verbo de tantos escritores exilados cuando se enfrentan con lo español de hoy, estaba condenada a ofender también a otros sectores de la historia: de una historia que está ahí, antes que para denigrarla o encumbrarla, para ser comprendida.

Ahora, *a posteriori*, traigamos un ejemplo que no se preste a dudas. Vamos a ver de qué manera un ente espiritual tan delicado e importante como es la generación del 98 ha resultado víctima expresa y directa de condenaciones históricas incubadas desde el exilio. Como actitud deliberadamente no discernidora ante el paisaje espiritual de la España de hoy, el catastrofismo tenía que acabar por extender su incomprensión a zonas como ésa, claramente neurálgicas del pensamiento hispánico.

Sumariamente glosada, la interpretación que de la generación del 98 ha dado Ramón Iglesia en la Universidad de Wisconsin, según el texto inserto en la revista «Cuadernos Americanos» (año VI, número 5), portavoz intelectual de muchos escritores exilados, ocurriría lo siguiente: Por de pronto, que sería un error, una ilusión peligrosa y estéril seguir pensando que los hombres del 98 deseaban, ni siquiera en sus comienzos, encarrilar a España por rutas nuevas y de cara al futuro; por el contrario, esos hombres representan una perfecta coherencia de ideas reaccionarias; reaccionario sería el pensamiento de Ganivet, a pesar de todas las contradicciones y dudas que hay en su obra, no menos que el de Unamuno, hombre cumbre de la generación, exaltador nada menos que del carlismo y propugnador de la fe católica y tradicional española como única posible; tan grande o mayor sería el reaccionarismo de Baroja, despreciador de la democracia, aun en su anarquismo, y nostálgico de una fe religiosa, a pesar de

su postura escéptica. En cuanto a Valle Inclán, ni siquiera pretendió jamás romper con la tradición, y el reaccionarismo de «Azorín» está bastante acreditado por sus reprobaciones de la democracia parlamentaria y su tradicionalismo, actitudes en virtud de las cuales acaba siendo un prisionero más de los escombros. Ante este paisaje de hombres débiles y claudicantes, corroídos por su espíritu reaccionario, sólo una excepción habría que establecer: la de Antonio Machado; pero frente a la extensa acusación que el opinante dedica a los pensadores anteriores, la apología de Machado como hombre exento de reaccionarismo (mucho era de temer verle incurso a él también en ese vicio), se salva con solas estas tres líneas: «El único hombre que se mantuvo firme fué Antonio Machado, que creyó hasta el fin en la democracia y en el pueblo español, que le siguió en su éxodo y murió en la frontera.» A cambio de esta excepción, la tónica reaccionaria del 98 perduraría en su heredero directo Ortega y Gasset. En resumidas cuentas, Iglesia propugna un repudio del 98 y de sus derivados, manifestando que por fin ha llegado a ver claro el problema de su significación. La claridad consiste en reconocer el «flaco servicio que nos hicieron los hombres del 98», y en convencer de ello a los correligionarios que aún «siguen con las mismas telarañas respecto al significado de los hombres del 98, que a tantos nos cegaron antes de la guerra».

Por escasa perspicacia que se tenga, salta a la vista la incongruencia de los motivos intelectuales que se alegan como inspiradores del repudio. Su verdadero mecanismo descansa en el hecho de que el autor, al observar la persistencia del pensamiento del 98 en la España actual —cosa que no podía menos de ocurrir, dados los amplios títulos de magisterio que asisten a esa generación respecto de las siguientes—, y al comprobar la insoslayable relación de filialidad que en varios sentidos existe entre la España actual y los hombres del 98, amplía su anatema de lo actual a todo aquello que de algún modo se le relaciona en el tiempo anterior. Todo esto no es sino una consecuencia lógica de situarse ante la entidad espiritual de la España de hoy con una mente, en el fondo pueril, que simplicísimamente sólo ve en ella un enemigo: nótese bien, no un problema, no un hecho histórico más o menos complejo, más o menos valioso, o razonable o al menos discutible, sino un puro enemigo. Todo lo que en ella actúa de algún modo, sea remoto o próximo, es cosa que obra como en unas nefandas *partibus infidelium;* a la generación del 98, por consiguiente, hay que considerarla como una cota abandonable, indigna de cualquier conservación. Véase con qué ingenuo fanatismo lo manifiesta el citado escritor hablando de Unamuno: «Es tiempo perdido malgastar los

posesivos —*nuestro* Don Miguel—, y retorcer los conceptos empeñándose en demostrar que Unamuno estuvo con nosotros. Creería no estar con ellos, pero bien saben ver sus hombres más alerta que Unamuno fué su precursor. Bien lo sabe ver Julián Marías, bien lo sabe ver Pedro Laín Entralgo.»

¿Qué significa todo esto? Nosotros podríamos añadir muchos aspectos, nada insignificantes, de la parcial recepción del pensamiento del 98 producida en los más relevantes climas espirituales de la España de hoy; lo haríamos aquí si no fuera porque ello, además de alejarse del tema propuesto, resultaría innecesario después de estudios tan esclarecedores como el del propio Laín (por citar el más completo y convincente incluso para quienes, como Ramón Iglesia, se sitúan en una banda voluntariosamente opuesta). También sería posible consignar en qué medida han sido hoy aquí superadas —o abandonadas, si se prefiere otro concepto que parezca más neutral— muchas de las posturas que el estilo del 98 no logró rebasar; pero también esto nos alejaría del objeto propuesto, sin contar con que además ya ha sido muy suficientemente expuesto por varios de nuestros pensadores, y en especial por el recién citado. Ambas fases del problema arrojan la conclusión, perfectamente congruente con los avatares históricos, de que el destino de un factor espiritual valioso creado en un momento dado, en parte es recibido e incorporado por las generaciones subsiguientes, y en parte suele ser modificado o trascendido por ellas de acuerdo con la peculiar sensibilidad y la estructura original de quienes la reciben.

Pero sólo nos habíamos propuesto tratar de comprender, con afán nada polémico, algunos matices psicológicos de posturas que vemos reiterarse en gentes que piensan a España desde lejos; lo más torpe e infructuoso es ese *handicap* inicial del catastrofismo como condición *sine qua non* de su modo de valorar a esta España que, quiérase o no, es, por una parte, prolongación de toda una cadena de Españas anteriores; y por otra, inevitable novedad histórica, ya que el pasado es forzosamente irreversible. Con fuerza superior a los empeños del tradicionalista más o menos reaccionario y del revolucionario innovador, existe siempre en toda realidad histórica presente un irreductible proceso de asunción de lo pasado en lo actual, de recapitulación, incorporación o —por decirlo con un vocablo que Laín precisamente ha transportado de la teología paulina a estos temas—, de *anakephalaíosis* histórica. Resultaba lógicamente inevitable que esa invidencia global e indistintamente profesada a todo un sujeto histórico presente repercutiese de algún modo en el objeto histórico total. Eso que hemos llamado el catastrofismo de tantos pensadores españoles exila-

dos se opone por el vértice a esa asunción que la España contemporánea no pretende proscribir de sí misma.

Habría que buscar una palabra que exprese con más rigor etimológico que la puramente instintiva y provisional de catastrofismo, esa actitud empecatada de repudiar de cabo a rabo todo un ente cultural declarando la guerra a toda incorporación histórica asumida por él. Si se acepta que el concepto griego de *katágnosis* alude a una clara actitud de repudio, de menosprecio vital y mental, de condenación —incluso a muerte—, quizá no sea aventurado afirmar que con frecuencia el pensamiento del exilio propende demasiado a una ciega *katágnosis* de la historia de España. Es un riesgo que, a juzgar por lo visto en este caso, ronda con insistencia a muchos de esos ausentes compatriotas, víctimas de un exilio geográfico a punto de degenerar en la gangrena espiritual de un grave exilio histórico.